



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



HERCULIANO ZARZUELA. "GRAN CANAL VENECIA"
Acuarela sobre papel 40*35

- Salvador Dalí (y otros)
- Gabriel García Márquez
- Adolfo Cáceres
- Isabel Allende
- Revista Correo
- Josemo Murillo
- HCF Mansilla
- Aleksánder Serguéyevich

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXV n° 656 Oruro, domingo 15 de julio de 2018

FUNDACION

ZOFRO
CULTURAL

Dalí, un sol que deslumbra de modo irrepitible

Salvador Dalí. España, 1904-1989.

Pintor, escultor, grabador, escenógrafo y escritor.

Soy la encarnación más representativa de la Europa de posguerra, viví todas sus aventuras, todos sus experimentos, todos sus dramas. Como protagonista de la revolución surrealista, conocía día a día los más leves incidentes y repercusiones de la evolución práctica del materialismo dialéctico y de las doctrinas seudofilosóficas basadas en los mitos de la sangre y a raza del nacional-socialismo: estudié largo tiempo la teología. Y en cada uno de los ideológicos atajos que mi cerebro hubo de tomar para ser siempre el primero, tuvo que pagarlo caro, con la negra moneda de mis sudores y pasiones. Pero sí participé, con el lúcido fanatismo característico de un español, en todas las investigaciones especulativas, aún las más contradictorias. Jamás en vida quise, en cambio, pertenecer a ningún partido político... El cielo es lo que estuve buscando a lo largo y a través de la espesura de confusa y demontaca carne de mi vida: ¡El cielo! Pero ¿qué es el cielo? ¿Dónde se encuentra? El cielo no se encuentra ni arriba ni abajo, ni a la derecha ni a la izquierda. El cielo se halla exactamente en el centro del pecho del hombre que tiene fe.



- "Aquel tímido muchacho que yo había conocido inició una deslumbrante carrera hacia el vacío, siempre inscrita su enmarañada figura en la muy inquietante sombra de Gala." (Rafael Alberti)
- "En el caso de Dalí, cuya obra es tan inseparable de su vida, es absolutamente necesario el buceo en los primeros años, el rastreo de sus obras iniciales y balbucientes, la lectura de sus primeros textos, es decir, Dalí antes de Dalí, o lo que es lo mismo, Dalí antes del surrealismo." (Juan Manuel Bonet)
- "Buñuel, García Lorca y Dalí formarían uno de los triángulos más extraordinarios del siglo, y era prácticamente inevitable que el aragonés, el granadino y el ampurdanés llegaran a intimar." (Ian Gibson)
- "Lo mejor y lo peor que tiene Dalí es su esposa Gala." (Andy Warhol)
- "La realidad de este pintor está en su superposición de lo posible y lo imposible: un sol extraño que deslumbra de modo irrepitible." (Juan Ramón Jiménez)
- "Dalí comentó en más de una entrevista que le gustaba la confusión. En realidad, utilizaba metódicamente la confusión para extraer de ella síntesis delirantes..." (Lourdes Cerrillo)
- "Las imágenes individuales que pueblan los cuadros de Dalí son autobiográficas, a menudo simbólicas, y es su falta de pudor lo que atrae a los surrealistas de su obra y figura." (Olivia María Rubio)
- "Dalí remonta todos los cielos, con más variedad y gracia que nadie, jugándose la vida a cada nuevo cartel de feria." (Ramón Gómez de la Serna)



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamin chavez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
teléfono: 5288500
lurquieta@zofro.com

www.lapatriainlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

La flacura es parte de la hermosura

A todos nos llega el momento de hacer dieta. Es inevitable. Es parte del proceso de vivir la crisis de la edad adulta, que comprende entre los 25 años y el asilo de ancianos. En general, uno toma la decisión cuando ya es demasiado tarde, es decir, cuando lo único que se puede usar sin una faja ortopédica es un caftán almidonado, una toalla de playa o un saco de dormir. A partir de la salida del colegio se empieza inexorablemente a aumentar de diámetro. Algunos lo hacen con elegancia, como mi marido, que ha amontonado con disimulo un kilo por año de matrimonio (cando celebremos las bodas de plata habré que comprarle una cama de dos plazas para él solo), y otros lo hacen en forma abrupta, como yo, que en mi primer embarazo subí 23 kilos y cuando quise agacharme para ponerme los zapatos, me caí de cabeza en el closet y se requirió la ayuda del encerador para rescatarme. Pero, claro, uno siempre tiene la esperanza de que se trate de algo pasajero, como la gripe, y que igual como llegaron, los rollos se irán. Por eso, no botamos la ropa que nos va quedando estrecha y así es como nos pilla la moda. (Ahora estoy usando los zapatos decorados que estrené en mi primer baile y no me he puesto los pantalones de la época de Elvis Presley, porque no me suben de las pantorrillas).

Vivimos en la era que requesón y la lechuga, en el siglo de la sacarina y el boom de los Gordos Anónimos. Ya no saben qué inventar para combatir las calorías. Me enteré que en varios países hay un número donde se puede llamar por teléfono cada vez que la tentación de un empolvado se hace insostenible, para que la cálida voz de un VOR (Voluntario Obeso Rehabilitado) nos refuerce la voluntad.

También hacen cirugía para cortar una parte de las tripas y evitar que el cuerpo asimile los alimentos. Así, si usted come torta de lúcuma, expele torta de lúcuma prácticamente en su estado primitivo. (Esa puede ser la solución al reciclaje de alimentos). Para bajar de peso conozco una señora que se tragó una tenia, se inoculó el tifus y hasta se hizo soldar los dientes con grapas de acero. Cerca de mi casa hay un chino que en los ratos libres que le deja su tintorería, combate los kilos con acupuntura en las orejas.

Antes la gordura era parte de la hermosura. Hoy es obscena. Es síntoma de vida disoluta, de pereza, de poco ejercicio, de incapacidad para preocuparse por los graves problemas de la humanidad. El gordo es un tipo con inclinación a la felicidad, que no vive las mortificaciones del siglo, no participa en la neurosis colectiva ni en la crisis económica. En otras palabras: es sospechoso.

Tal vez el fin del mundo no llegue con una guerra nuclear, como le gustaría a algunos, sino por hambre, como dice la FAO. Mientras dos tercios partes de la humanidad se mueren de hambre por falta de alimento, el otro tercio lo hace porque está a dieta.

Isabel Allende Llona.
Escritora chilena, 1942





Las dos noches de Miranda

* Gabriel García Márquez

Poco después de la medianoche, cuando regresó a casa, le anunciaron que una mujer lo esperaba en la sala de visitas. Era elegante y altiva, y exhalaba una fragancia primaveral. Estaba vestida de terciopelo, con mangas hasta los puños y botas de montar del cordobán más delicado, y llevaba un sombrero de dama medieval con un velo de seda. El general le hizo una reverencia formal, intrigado por el modo y la hora de la visita. Sin decir una palabra, ella puso a la altura de sus ojos un relicario que colgaba de su cuello con una larga cadena, y él lo reconoció asombrado.

"¡Miranda Lyndsay!", dijo.

"Soy yo", dijo ella, "aunque ya no la misma".

La voz grave y cálida, como de violonchelo, perturbada apenas por un leve rastro de su inglés materno, debió avivar en él recuerdos irrepetibles. Hizo retirar con una señal de la mano al centinela de servicio que lo cuidaba desde la puerta, y se sentó frente a ella, tan cerca de ella que casi se tocaban las rodillas, y le tomó las manos.

Se habían conocido quince años antes en Kingston, donde él sobrellevaba su segundo exilio, durante un almuerzo casual en casa del comerciante inglés Maxwell Hyslop. Ella era la hija única de sir London Lyndsay, un diplomático inglés jubilado en un ingenio azucarero de Jamaica para escribir unas memorias en seis tomos que nadie leyó. A pesar de la belleza ineludible de Miranda, y del corazón fácil del joven proscrito, éste estaba entonces demasiado inmerso en sus sueños, y muy pendiente de otra para fijarse en nadie.

Ella había de recordarlo siempre como un hombre que parecía mucho mayor de sus treinta y dos años, óseo y pálido, con patillas y bigotes ásperos de mulato, y el cabello largo hasta los hombros. Estaba vestido a la inglesa, como los jóvenes de la aristocracia criolla, con corbata blanca y una casaca demasiado gruesa para el clima, y la gardenia de los románticos en el ojal. Vestido así, en una noche libertina de 1810, una puta galante lo había confundido con un pederasta griego en un burdel de Londres.

Lo más memorable de él, para bien o para mal, eran los ojos alucinados y el habla inagotable y agotadora con una voz crispada de pájaro de rapiña. Lo más extraño era que mantenía la vista baja y atrapaba la atención de sus comensales sin mirarlos de frente. Hablaba con la cadencia y la dicción de las islas Canarias, y con las formas cultas del dialecto de Madrid, alternado aquel día con un inglés primario pero comprensible, en honor de dos invitados que no entendían el castellano.

Durante el almuerzo no le prestó atención a nadie más que a sus propios fantasmas. Habló sin reposo, con un estilo docto y declama-

torio, soltando sentencias proféticas todavía sin cocinar, muchas de las cuales estarían en una proclama épica publicada días después en un periódico de Kingston, y que la historia había de consagrar como La Carta de Jamaica. "No son los españoles, sino nuestra propia desunión lo que nos ha llevado de nuevo a la esclavitud", dijo. Hablando de la grandeza, los recursos y los talentos de América, repitió varias veces: "Somos un pequeño género humano". De regreso a casa, su padre le preguntó a Miranda cómo era el conspirador que tanto inquietaba a los agentes españoles de la isla, y ella lo redujo a una frase: "He feels he's Bonaparte".

Días después él recibió un mensaje insólito, con instrucciones minuciosas para que fuera a encontrarse con ella el sábado siguiente a las nueve de la noche, solo y de a pie, en un lugar deshabitado. Aquel desafío no ponía en riesgo sólo su vida, sino la suerte de las Américas, pues él era entonces la última reserva de una insurrección liquidada. Después de cinco años de una independencia azarosa, España acababa de reconquistar los territorios del virreinato de la Nueva Granada y la capitán general de Venezuela, que no resistieron la embestida feroz del general Pablo Morillo, llamado El Pacificador. El mando supremo de los patriotas había sido eliminado con la fórmula simple de ahorcar a todo el que supiera leer y escribir.

De la generación de criollos ilustrados que sembraron la semilla de la independencia desde México hasta el Río de la Plata, él era el más convencido, el más tenaz, el más clarividente, y el que mejor conciliaba el ingenio de la política con la intuición de la guerra. Vivía en una casa alquilada de dos habitaciones, con sus ayudantes militares, con dos antiguos

esclavos adolescentes que seguían sirviéndole después de ser manumitidos, y con José Palacios. Escaparse a pie para una cita incierta, de noche y sin escolta, era no sólo un riesgo inútil sino una insensatez histórica. Pero con todo lo que él apreciaba su vida y su causa, cualquier cosa le parecía menos tentadora que

el enigma de una mujer hermosa.

Miranda lo esperó a caballo en el lugar previsto, también sola, y lo condujo en ancas por un sendero invisible. Había amenazas de lluvia con relámpagos y truenos remotes en el mar. Una partida de perros oscuros se enredaba en las patas del caballo, latiendo en las



Gabriel García Márquez

Los intelectuales en América Latina: la falta de ejemplaridad

* H.C.F. Mansilla

Habitualmente se designa con el término intelectual de un modo más restringido a los productores "independientes" de valores espirituales, a los creadores de sentido que aprovechan los conocimientos más avanzados de la comunidad cultural internacional. En el área latinoamericana existe una rica tradición consagrada a la vieja pregunta por el destino y la vocación de las sociedades del Nuevo Mundo, tradición encarnada por los grandes ensayistas que se dedicaron a cuestiones devenidas clásicas, como la identidad colectiva de las naciones latinoamericanas, los modelos adecuados de ordenamiento social, los vínculos complejos con los países altamente desarrollados y el futuro de la región. Estas indagaciones, que comenzaron a mediados del siglo XIX, han sido a veces traumáticas, pero han conformado algunas de las porciones más notables y controvertidas de la cultura latinoamericana.

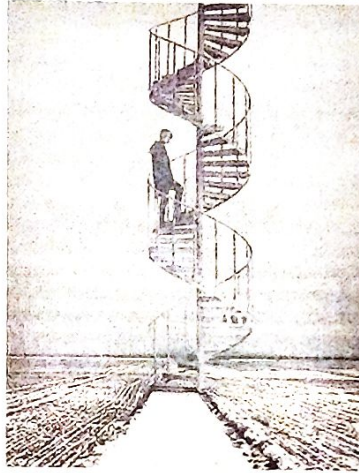
Hay que consignar, empero, el otro lado de la medalla. Hace algunas décadas Octavio Paz aseveró que la característica distintiva de América Latina es la falta de una tradición crítica, moderna, abierta al análisis y al cuestionamiento de las propias premisas. Esta carencia ha sido, paradójicamente, alimentada por los intelectuales convencionales de izquierda, quienes, aparte de producir pronósticos errados, fomentaron asimismo una atmósfera proclive al autoritarismo, a las falsas ilusiones y a la celebración de las tradiciones "auténticas". Se ha pasado, para nombrar un ejemplo, en un lapso temporal muy breve —a partir aproximadamente de 1980— del marxismo tercermundista a la imitación indiscriminada del llamado paradigma relativista y postmodernista, y en esta empresa favorable a un nuevo dogmatismo los intelectuales contemporáneos, como los catedráticos universitarios de ciencias sociales, han jugado un rol ciertamente notable.

En este texto las críticas dirigidas a los intelectuales no se refieren a los grandes representantes de la literatura, la ensayística y las ciencias sociales, sino a lo que podemos llamar la masa de los catedráticos universitarios, los escritores de la prensa y los asiduos a los cafés de moda, es decir: a aquella mayoría que no se destaca por su originalidad ni por un espíritu genuinamente crítico. Por otra parte los fundamentos y las motivaciones para las pasiones de los intelectuales son comprensibles y no han variado gran cosa a lo largo de los siglos: la firme creencia de poder modificar la evolución de las sociedades a través del trabajo racional de ellos mismos, la exaltación de la voluntad política y organizativa de aquellos que comprenden el desarrollo histórico, el dar continuidad a las tradiciones revolucionarias previas y la pretensión de dejar atrás, de una vez, el desprestigiado campo de la pura teoría. La concepción de la maleabilidad de los designios históricos, junto a la omnipotencia de la propia voluntad política, representan algunos de los alicientes más poderosos para embarcarse en proyectos iluminados por consignas como "otro mundo es posible", ante las cuales la cuestión de la proporcionalidad de los medios, la defensa de los derechos humanos y el respeto a los que piensan de otra manera han aparecido como asuntos de relevancia menor y a veces como obstáculos para la verdadera fe radical. Ante

la magnitud de los problemas a los cuales se enfrentan las sociedades latinoamericanas estas consideraciones han sido percibidas a menudo como secundarias. Frente a las inmensas tareas de la genuina revolución —fenómeno que adquiere una marcada connotación religiosa y apocalíptica—, la eliminación del modelo democrático ha sido pasada por alto en cuanto a hecho de relevancia limitada, ya que la edificación de un orden justo deja en la sombra las otras prioridades.

Los intelectuales al servicio de los procesos revolucionarios se convirtieron de poetas sublimes en "productores de odio", puesto que estaban convencidos del carácter sagrado de su misión. Los regímenes socialistas del siglo XX los transformaron, aunque sea parcialmente, en fundamentalistas del inexorable progreso social, económico y político que ellos creyeron constatar en la evolución cotidiana de esos sistemas. Estos soñadores de lo absoluto creían firmemente en el teorema de que los fines justifican cualquier medio. Precisamente por ello se puede aseverar que estos intelectuales han cometido un acto de traición con respecto a las concepciones humanistas que inspiraron a los padres fundadores de las doctrinas del socialismo científico. Además, como se puede observar en el comportamiento uniforme de las élites políticas de Rusia, China, Vietnam, Angola y otros países, estos grupos privilegiados tenían y tienen como metas normativas los valores de orientación más rutinarios y convencionales: pecunia, potestas y praestigium. Es decir: las de los iluminados políticos con una ideología radical anticapitalista se transformaron rápidamente en empresarios privados capitalistas —de carácter depredador— porque en el fondo sólo anhelaban, a título personal, dinero, poder y prestigio, los tres caminos tradicionales de ascenso social. Estas sendas de indudable "progreso" individual generan grupos privilegiados que carecen de ejemplaridad ética y cultural con respecto a los otros estratos sociales.

En este campo, en el que la seducción masiva sigue exhibiendo una eficacia considerable, los intelectuales renuncian a su función crítica, es decir: a practicar una distancia racional y analítica con respecto a todos los fenómenos políticos. Aquí se puede constatar cómo las buenas intenciones se subordinan a las necesidades políticas del momento. Pero también en las comunidades intelectuales de Norteamérica y Europa se ha expandido una nostalgia acrítica a favor de experimentos socialistas en el Tercer Mundo. Los regímenes de Cuba y Nicaragua, pese a todas sus falencias, siguen representando, según François Furet, "el paraíso latino del calor comunitario": una alternativa que a la distancia parece encarnar una solución progresista más llamativa, aparentemente más humana y menos rígida que el ámbito capitalista y que los viejos modelos totalitarios de



la Unión Soviética y de su órbita de poder. De todos modos la fascinación por los paradigmas poco democráticos, pero radicales que aún permanecen en el planeta, constituye uno de los fenómenos más interesantes para ser estudiados por las ciencias sociales, pues esa fascinación se alimenta (a) de un impulso simplificador que cree haber encontrado alternativas claras a problemas complejos, (b) de un residuo arcaizante de corte utopista y (c) de una nostalgia por un orden conservador en los planos cultural y ético.

En este contexto hay que comprender la retórica anti-imperialista, tan extendida en América Latina, que posee fuertes raíces católico-traditionalistas, con rasgos inquisitoriales, antiliberales, anti-individualistas y antirracionalistas. De ello proviene su enorme popularidad entre los más diversos estratos sociales y grupos étnico-culturales. La retórica anti-imperialista tuvo y tiene notables funciones compensatorias, que son muy difíciles de ser reemplazadas por concepciones liberales y racionalistas: (1) la construcción de una legitimidad histórica centrada en la defensa inflexible de lo propio, amenazado este último presuntamente por los exitosos modelos civilizatorios foráneos; (2) la edificación de un consenso interclasista de corte colectivista, destinado a lograr la unión sagrada de la nación respectiva; y (3) la plausibilidad de un camino revolucionario, considerado como auténtico y original, que pondría fin a todas las falencias acumuladas a lo largo de una historia atroz.

Entre los intelectuales latinoamericanos persiste una vigorosa nostalgia por teorías revolucionarias o, por lo menos, verbalmente subversivas, teorías que preservan, en el fondo, viejas rutinas de comportamiento autoritario y jerárquicas elitarias que contradicen los postulados igualitaristas de los pensadores radicales. Todo esto ocurre en medio de sociedades que se modernizan e industrializan aceleradamente y que se hallan en contacto permanente con la evolución de la cultura globalizadora supranacional. Resulta ocioso, por supuesto, recalcar las incongruencias en que recaen los intelectuales progresistas o la proverbial distancia entre la retórica y la realidad de sus biografías, pues el carácter autocontradictorio de los mortales pertenece

a los conocimientos más antiguos del ser humano. Lo notable y digno de ser nombrado reside en otra dimensión. Como se ha visto claramente durante la historia del siglo XX, los intelectuales, también en América Latina, no han cumplido con la función de ejemplaridad que se debería esperar de un estamento elitario. José Ortega y Gasset señaló que una de las grandes fallas de las clases cultas en España desde el siglo XVIII habría sido su inclinación al "plebeyismo", su admiración ingenua por lo espontáneo, su desinterés por el ancho mundo, su carencia de curiosidad por otros modelos culturales y su desprecio por el espíritu crítico-científico. Estos factores se encuentran muy difundidos entre los intelectuales latinoamericanos del pasado y del presente, quienes, al igual que las élites contemporáneas de los países más adelantados, no son apreciados y medidos por su espíritu crítico, sino por su capacidad de seducción y entretenimiento.

Como señala Mario Vargas Llosa, la respetabilidad y la honorabilidad —formas prácticas de ejemplaridad— representan bienes escasos entre los intelectuales progresistas, pues la mayoría de ellos se comporta en la prosaica realidad de una manera sustancialmente diferente a aquello que proclama en la teoría. El resultado sería "la devaluación del discurso, el triunfo del estereotipo y de la vacua retórica". Estas actitudes son parcialmente comprensibles, dice este mismo autor, si tomamos en cuenta las estrategias de supervivencia que hay que adoptar en sociedades precarias, considerando, además, la exigencia de reconocimiento que elevan los intelectuales de modo perentorio. Precisamente esta demanda de reconocimiento, a menudo insaciable, no es congruente con la escasa ejemplaridad que exhiben los intelectuales, lo que también se da en todas las otras élites latinoamericanas.

En 1984 el historiador británico Malcolm Deas describió a un intelectual colombiano a través de largos periodos históricos: "el autotombo periodístico y la arrogancia de los columnistas; los testimonios oculares de segunda mano; el anti-yanquismo de reflejo; la superficialidad en el juicio disfrazada por citas de moda; la pereza como distinción; la culpa siempre ajena". Esto es aplicable a toda América Latina. Hoy en día todo esto ha sido popularizado mediante la idea central del relativismo postmodernista: no existe y no puede existir ninguna concepción de objetividad y verdad en sentido enfático, y por ello todo pensamiento profundo y todo impulso ético se convierten en algo superfluo. Contra todo esto no hay un remedio claro: sólo nos queda cultivar persistentemente un espíritu crítico, diferenciado e incómodo.

* Hugo Celso Felipe Mansilla.
Doctor en Filosofía.
Académico de la Lengua.





anda Lindsay

tinieblas, pero ella los mantenía a raya con los arrullos tiernos que iba murmurando en inglés. Pasaron muy cerca del ingenio azucarero donde sir London Lyndsay escribía los recuerdos que nadie más que él había de recordar, vadearon un arroyo de piedras y penetraron del otro lado en un bosque de pinos, al fondo del cual había una ermita abandonada. Allí desmontaron, y ella lo condujo de la mano a través del oratorio oscuro hasta la sacristía en ruinas, apenas alumbrada por una antorcha clavada en el muro, y sin más muebles que dos troncos esculpidos a golpes de hacha. Sólo entonces se vieron las caras. Él iba en mangas de camisa, y con el cabello amarrado en la nuca con una cinta como una cola de caballo, y Miranda lo encontró más juvenil y atractivo que en el almuerzo.

Él no tomó ninguna iniciativa, pues su método de seducción no obedecía a ninguna pauta, sino que cada caso era distinto, y sobre todo el primer paso.

"En los preámbulos del amor ningún error es corregible", había dicho. En esa ocasión debió ir convencido de que todos los obstáculos estaban sorteados de antemano, puesto que la decisión había sido de ella.

Se equivocó. Además de su belleza, Miranda tenía una dignidad difícil de eludir, así que transcurrió un buen tiempo antes de que él comprendiera que también esa vez debía tomar la iniciativa. Ella lo había invitado a sentarse, y lo hicieron igual que habían de hacerlo en Honda quince años después, el uno enfrente del otro en los troncos tallados, y tan cerca que casi se tocaban las rodillas. Él la tomó de las manos, la atrajo hacia sí, y trató de besarla. Ella lo dejó acercarse hasta sentir el calor de su aliento, y apartó la cara.

"Todo se hará a su tiempo", dijo.

La misma frase puso término a las reiteradas tentativas que él emprendió después. A la medianoche, cuando la lluvia empezó a filtrarse por las troneras del techo, seguían sentados el uno frente al otro, cogidos de las manos, mientras él recitaba un poema suyo que por aquellos días estaba componiendo en la memoria. Eran octavas reales bien medidas y bien rimadas, en las cuales se mezclaban requiebros de amor y fanfarrias de guerra. Ella se conmovió, y citó tres nombres tratando de adivinar el del autor.

"Es de un militar", dijo él.

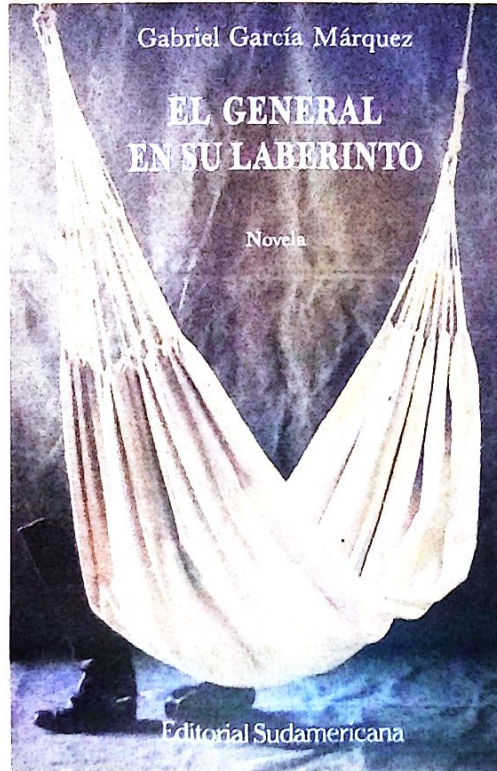
"¿Militar de guerra o militar de salón?", preguntó ella.

"De ambas cosas", dijo él. "El más grande y solitario que ha existido jamás".

Ella recordó lo que le había dicho a su padre después del almuerzo del señor Hyslop: "Sólo puede ser Bonaparte", dijo.

"Casi", dijo el general, "pero la diferencia moral es enorme, porque el autor del poema no permitió que lo coronaran".

Con el paso de los años, a medida que le llegaran nuevas noticias suyas, ella había de preguntarse cada vez con más asombro si él había sido consciente de que aquella travesura de su ingenio era la prefiguración de su propia vida. Pero esa noche no lo sospechó siquiera, pendiente del compromiso casi imposible de



retenerlo sin sentirlo, y sin capitular ante sus asaltos, más apremiantes a medida que se acercaba el alba. Llegó hasta permitirle algunos besos casuales, pero nada más.

"Todo se hará a su tiempo", le decía.

"A las tres de la tarde me voy para siempre en el paquete de Haití", dijo él.

Ella le desbarató la astucia con una risa encantadora: "En primer término, el paquete no sale hasta el viernes", dijo. "Y además, el pastel que usted encargó ayer a la señora Turner tiene que llevarlo esta noche a su cena con la mujer que más me odia en este mundo".

La mujer que más la odiaba en este mundo se llamaba Julia Cobier, una dominicana hermosa y rica, también desterrada en Jamaica, en cuya casa, según decían, él se había quedado a dormir más de una vez. Esa noche iban a celebrar solos el cumpleaños de ella: "Está usted mejor informada que mis espiones", dijo él.

"¿Y por qué no pensar más bien que soy una de sus espionas?", dijo ella.

Él no lo entendió hasta las seis de la mañana, cuando volvió a su casa y encontró a su amigo Félix Amestoy, muerto y desangrado en la hamaca donde él hubiera estado de no haber sido por la falsa cita de amor. Lo había vencido el sueño mientras esperaba que él volviera para darle un mensaje urgente, y uno de los sirvientes manumisos, pagado por los españoles, lo mató de once puñaladas creyendo que era él.

Miranda había conocido los planes del atentado y no se le ocurrió nada más discreto para impedirlo. El intento agradecérselo en persona, pero ella no respondió a sus recados. Antes de irse para Puerto Príncipe en una goleta corsaria, le mandó con José Palacios el precioso relicario que había heredado de su madre, acompañado de un billete con una sola línea sin firma:

"Estoy condenado a un destino de teatro".

Miranda no olvidó ni pudo entender jamás aquella frase hermética del joven guerrero que en los años siguientes volvió a su tierra con la ayuda del presidente de la república libre de Haití, el general Alexandre Pétion, cruzó los Andes con una montonera de llaneros descalzos, derrotó a las armas realistas en el puente de Boyacá, y liberó por segunda vez y para siempre a la Nueva Granada, luego a Venezuela, su tierra natal, y por fin a los abruptos territorios del sur hasta los límites del imperio del Brasil. Ella siguió sus trazas, sobre todo por los relatos de viajeros que no se cansaban de contar sus hazañas. Resuelta la independencia de las antiguas colonias españolas, Miranda se casó con un agrimensor inglés que cambió de oficio y se radicó en la Nueva Granada para implantar en el valle de Honda las cepas de caña de azúcar de Jamaica. Allí estaba el día anterior, cuando oyó decir que su viejo conocido, el proscrito de Kingston, andaba a sólo tres leguas de su casa. Pero lle-

gó a las minas cuando el general había emprendido ya el regreso a Honda, y tuvo que cabalgar media jornada más para alcanzarlo.

No lo hubiera reconocido en la calle sin las patillas ni el bigote juvenil y con el cabello blanco y escaso, y con aquel aspecto de desorden final que le causó la impresión sobre-cogedora de estar hablando con un muerto. Miranda llevaba el propósito de quitarse el velo para hablar con él, una vez sorteado el riesgo de ser reconocida en la calle, pero se lo impidió el honor de que también él descubriera en su cara los estragos del tiempo. Apenas terminados los formalismos iniciales, ella fue directo a sus asuntos: "Vengo a suplicarle un favor".

"Soy todo suyo", dijo él.

"El padre de mis cinco hijos cumple una larga condena por haber matado a un hombre", dijo ella.

"¿Con honor?"

"En duelo franco", dijo ella, y explicó en seguida: "Por celos".

"Infundados, por supuesto", dijo él,

"Fundados", dijo ella.

Pero ahora todo pertenecía al pasado, él incluso, y lo único que ella le pedía por caridad era que interpusiera su poder para ponerle término al cautiverio del esposo. El no acertó a decir más que la verdad: "Estoy enfermo y desvalido, como usted puede ver, pero no hay nada en este mundo que no sea capaz de hacer por usted".

Hizo entrar al capitán Ibarra para que tomara las notas del caso, y prometió cuanto estuviera al alcance de su poder menguado para conseguir el indulto. Esa misma noche intercambiaron ideas con el general Posada Gutiérrez, en reserva absoluta y sin dejar nada escrito, pero todo quedó pendiente hasta conocer la índole del nuevo gobierno. Acompañó a Miranda hasta el pórtico de la casa donde la esperaba una escolta de seis manumisos, y la despidió con un beso en la mano: "Fue una noche feliz", dijo ella.

Él no resistió la tentación: "¿Esta o aquella?"

"Ambas", dijo ella. Montó en un caballo de refresco, de buena estampa y enjaezado como el de un virrey, y se fue a todo galope sin volver a mirarlo. Él esperó en el portal hasta que dejó de verla en el fondo de la calle, pero seguía viéndola en sueños cuando José Palacios lo despertó al amanecer para emprender el viaje por el río.

Gabriel García Márquez.
Colombia, 1927 – México, 2014.
Premio Nobel de Literatura, 1982
De: "El general en su laberinto"



A

Aleksándr Serguéyevich

Aleksándr Serguéyevich Pushkin. Rusia, 1799-1837. Poeta, dramaturgo y novelista. Fundador de la literatura rusa moderna. Su estilo influyó en Dostoyevski, Gógol, Tútchev y Tolstói, así como en los compositores Chaikovski y Músorgski. Falleció a raíz de un duelo sostenido por defender el honor de su esposa.

*En 1817, participó en grupos literarios clandestinos de oposición al régimen zarista, razón por la cual fue obligado a exiliarse en Ucrania y Crimea. De esta época datan *El prisionero del Cáucaso* (1822), *Los hermanos bandoleros* (1822) y *La fuente de Bakhchisaraj* (1824). Perdonado en 1826 por el Zar Nicolás I, publicó *Eugenio Onieguin*, *Boris Godunov*, *Poltava*, *Relatos de Belkin*, *El caballero de bronce* y *La hija del Capitán*.*

A Kern

Recuerdo aquel instante prodigioso
en el que apareciste frente a mí,
lo mismo que una efímera visión
igual que un genio de belleza pura.

En mi languidecer sin esperanza,
en las zozobras del ruidoso afán,
tu tierna voz se oyó en
mi largo tiempo
y soñaba con tus divinos rasgos.

Transcurrieron los años. La agitada
tormenta dispersó los viejos sueños
y al olvido entregué tu tierna voz
así como tus rasgos celestiales.

En cautiverio oscuro y tenebroso
mis días en silencio se arrastraban,
sin la deidad y sin la inspiración,
sin lágrimas, sin vida, sin amor.

Mas, ahora que el despertar
llegó a mi alma,
y de nuevo apareces ante mí,
lo mismo que una efímera visión
igual que un genio de belleza pura.

Y el corazón me late arrebatado
porque en él nuevamente resucitan
La inspiración y la divinidad
y la vida, y el llanto y el amor.

Como fui en otro tiempo, así soy ahora...

Como fui en otro tiempo,
así soy ahora,
descuidado, amoroso.
Bien sabéis, mis amigos,
si puedo una belleza mirar
sin conmovirme,
sin tímida ternura,
sin emoción secreta.
¿Jugó poco el amor, acaso,

en mi existencia?
¿Bastante no luché cual
joven gerifalte
en la red traicionera
tendida por la Cipria?*

Pero aún no escarmentado
por centenas de ofensas,
ante otros nuevos ídolos
elevo mis plegarias...

El cantor

¿Echasteis la voz nocturna junto
al soto del cantor del amor, del
cantor de su pena?
en la hora matutina, cuando
callan los campos
y el son triste y sencillo de
la zampoña suena,
¿no la habéis escuchado?

¿Hallasteis en la yerma
oscuridad boscosa
al cantor del amor, al
cantor de su pena?
¿Notasteis su sonrisa,

la huella de su llanto,
su apacible mirada,
de melancolía llena?
¿No lo habéis encontrado?

¿Suspirasteis atentos a la voz apacible
del cantor del amor,
del cantor de su pena?
Cuando visteis al joven
en medio de los bosques,
al cruzar su mirada
sin brillo con la vuestra,
¿no habéis suspirado?

El prisionero

Estoy entre rejas en húmeda celda.
Criada en cautiverio, un águila joven,
mi triste compañía, batiendo sus alas,
junto a la ventana su pitanza pica.

La pica, la arroja, mira la ventana,
como si pensara lo mismo que yo.
Sus ojos me llaman y su griterío,
y proferir quiere: ¡Alcemos el vuelo!

¡Tú y yo somos libres como
el viento, hermana!
Huyamos, es hora,
do blanquea entre nubes
la montaña y brilla de
azul la marina,
donde paseemos
sólo el viento. ...¡y yo!

Terminó el día lluvioso de la lluviosa noche

Terminó el día lluvioso;
de la lluviosa noche
la sombra el cielo cubre
con plomizo vestido.
Lo mismo que un espectro,
detrás de la pineda,
la luna, rodeada de niebla,
ha aparecido.
Todo inspira en mi alma
una angustia sombría.
Allá lejos la luna brilla
en pleno fulgor:
allá el aire rezuma
tibieza vespertina,
allá la mar agita su manto
de esplendor
bajo el azul del cielo.
Es el momento:
ahora va ella por el monte
a las costas hundidas

por las ruidosas olas.
Allá, bajo unas peñas
escondidas,
ahora está ella sentada,
enriscada y sola.
Sola... delante de ella
ninguno llora o sufre,
sus rodillas de besos
nadie en éxtasis cubre.
Sola... sin que a los labios
de amante alguno entregue
ni hombros,
ni húmedos labios,
ni sus senos de nieve.
De su amor celestial
ninguno es digno.
¿No es Cierto?
Sola estás... lloras...
yo estoy tranquilo.
Pero si...

Todo lo sacrifico a tu memoria de la lluviosa noche

Todo lo sacrifico a tu memoria:
los acentos de la lira inspirada,
el llanto de una joven abrasada,
el temblor de mis celos. De la gloria

el brillo, y mi destierro tenebroso,
lo bello de mis claros pensamientos
y la venganza, sueño tormentoso
de mis encarnizados sufrimientos.



El teatro en la Audiencia de Charcas

Adolfo Cáceres Romero, Oruro, 1937. Escritor, profesor e investigador

Segunda y última parte

Los faranduleros

La presencia de los llamados faranduleros es vital para el desarrollo del género teatral en esos centros coloniales, y los mismos faranduleros tampoco tendrían la oportunidad de actuar sin la presencia de los patrocinadores y los empresarios o directores, también llamados autores de comedias, como se da el caso con la notable figura de Gavriel del Río, que "Durante veinticinco años asumió la dirección de compañías teatrales y, muy aficionado a Lope de Vega, contribuyó poderosamente a la difusión de las obras del 'Monstruo de la Naturaleza'", a decir de Marie Helmer. Por documentos hallados por esta investigadora, se sabe que Del Río fue el primer autor de comedias en poner en escena en Potosí el célebre drama lopesco Fuenteovejuna. Entre 1618—1620 recibió 31 piezas teatrales, quedando en escena por varios días la indicada obra de Lope. Marie Helmer se pregunta al respecto: "¿Puede ser una mera coincidencia la presencia del célebre drama entre los llevados a Potosí?". Luego comenta: "Allí también predominaba con violencia opresiva una clase social que detentaba el dinero, el poderío social y político, la vara de la justicia". Sin embargo, los faranduleros constituyen, por el modo de vida que llevan, un problema social para los moradores de la Villa Imperial, y la propia Marie Helmer dice que "Los actores eran gente vagabunda y turbulenta", pues menudeaban las querrelas y disputas judiciales donde siempre estaban involucrados. En un escrito que data del 7 de diciembre de 1627, se halla la siguiente declaración de un testigo, en una escribanía pública, en contra del comediante Juan Cortés, que aparece como "un hombre de poca fe y crédito y que ha sido farandulero y que los que tratan dello están tenidos por infames en la república y aunque este testigo no lo ha visto representar es público y notorio en esta villa ha representado en ella y otras partes".

Obviamente que la vida de estos artistas, por la naturaleza de su trabajo, trashumante y noherniega, no podía ser hogareña, como no es tampoco ahora. Helmer dice que "el 'concierto' considera como caso normal y previsible el encarcelamiento del comediante por 'alzamiento', asegurándole su ganancia durante el plazo prudente de quince días. También eran muy aficionados al juego, pasión que reinaba, y sigue reinando, sin rival en la Villa, en las casas de 'trucos' como en las moradas de los particulares, entre todas las capas sociales".

A la muerte de Gavriel del Río, acaecida durante su estadía en Lima, en 1625, le sucedieron en Potosí, en el montaje de obras escénicas, otros autores de comedias que, si bien no gozaban de la notoriedad de Del Río, eran bastante conocidos por su actividad teatral, especialmente en Charcas y Potosí. Entre estos autores destacan Manuel Rivera, Juan Ruiz de Lara, Alonso de Encinas y Juan Sánchez Caballero, de quienes, empero, se sabe muy poco. Al parecer, Manuel Rivera dejó la Villa Imperial, con destino a la capital del Virreinato de Lima, en 1633, para la fiesta de Corpus Christi; Juan Ruiz de Lara, cómo y farandulero, fue contratado, junto a su compa-

ña, por la hermandad de San Andrés de Lima para sustituir a varios actores que habían abandonado la capital del Virreinato, según explica Teresa Gisbert, que luego añade: La compañía de Ruiz de Lara llegó a ser la más importante del Perú en la segunda mitad del siglo XVII. Su repertorio principalmente de obras religiosas, es bastante conocido. Lara trabajó en Lima por lo menos hasta 1669. No sabemos si después de 1657 regresó a Charca, aunque es muy probable que lo hiciera.

En comparación al siglo anterior y aún al XVIII, podemos decir que el siglo XVII es donde mejor teatro se realiza en las colonias hispanoamericanas, sobre todo teniendo en cuenta la producción de dos importantes dramaturgos mexicanos: Juan de Ruiz de Alarcón (1581?-1639) y Sor Juana Inés de la Cruz (1651?-1695). Este período, llamado también del "Barroco de Indias", se halla marcado por las innovaciones decorativas que introduce Pedro Calderón de la Barca (1600-1881), razón por la cual José Juan Arrom divide el período en dos etapas: la de la alborada del teatro barroco, que se extiende de 1600 a 1681, abarcando toda la vida de Calderón, y la otra etapa llamada del apogeo que va al ocaso de este teatro, concluyendo a mediados del siglo XVIII.

En la segunda mitad de ese siglo XVII predominan la alegoría religiosa, mezclada con elementos paganos, lo mismo que las piezas hagiográficas con abundantes adiciones ficticias, junto al auto sacramental calderoniano y la comedia o auto de tema bíblico. En cuanto a nuestro ámbito territorial se refiere, Arzanz y Vela nos dice que hasta mediados del siglo XVII en la Villa Imperial de Potosí existían cuatro compañías de farsantes y representaban en su Gran Coliseo lucidas comedias todos los domingos y días de fiesta.

Este Gran Coliseo se fundó en sustitución del Corral de Comedias que funcionaba desde 1572, siendo su fundador Juan Nuñez de Anaya, en 1616, nueve años después que el de Lima. A través de un documento hallado por el investigador y bibliotecario Gunnar Mendoza, y que data del 22 de octubre de 1629, se sabe del inusitado movimiento

teatral en Potosí, al extremo de que el Administrador del Hospital de La Plata, Hermano Juan de la Fuente, se ve obligado a presentar un memorial ante el Virrey del Perú, Conde de Chinchón, reclamando para la ciudad audiencial de Charcas la presencia de una de las dos compañías de teatro que en esa oportunidad actuaban con gran éxito en la Villa Imperial de Potosí. En el inciso 2 de su memorial, el reclamante fundamentaba lo siguiente: El hermano Juan de la Fuente dice que el Hospital tiene en la ciudad de La Plata un coliseo (coliseo) de este reino, cubierto de cedro, en que ha gastado grande suma de plata, de que tiene renta para su curación de los enfermos. Y porque la villa de Potosí está de esta ciudad a 18 leguas y en ella hay de ordinario dos compañías de representantes como al presente las hay, y porque entre ellos arrienda el corral de Potosí en 8 mil ps. Cs. Y esta causa, como todos son unos, pretenden que nunca falten compañías en dicha villa, y por aumentar el arrendamiento que han hecho, de lo cual viene perjuicio grande al hospital de La Plata, pide que pues esta ciudad es cabeza de providencia y en ella reside la Real Audiencia, Arzobispo y Tribunal de cruzada y dos cabildos, y no tiene entretenimiento ninguno para divertir la gente del pueblo, mande despachar provisión en favor de dicho hospital para que, habiendo en Potosí dos compañías de representantes, una de ellas venga a La Plata y se vayan mudando alternativamente, y habiendo una esté la mitad del año en dicha villa y la otra mitad en La Plata, y también que ningún comediante, por sí ni por interpósita persona arriende el corral de Potosí para obviar estos daños.

El Decreto del Virrey, expedido en Lima, el 30 de junio de 1630, ordenaba que se haga en todo como parece al Presidente de La Plata", o sea que, conforme a la respuesta del Presidente, Licenciado don Martín de Egúez, se debía tomar en cuenta que "Habiendo dos compañías en Potosí, una asista en dicha villa y otra en esta ciudad, y se muden a seis meses de modo que cada una está medio año aquí, porque sean las ganancias iguales; y habien-

do una sola, esté en La Plata cuatro meses y lo restante en Potosí; y en lo que no se arrienden los bancos y aposentos del coliseo de Potosí a ningún comediante, estableciéndose el orden indicado no puede quitarse al hospital de Potosí el que arriende dichos bancos por entenderse le es de más utilidad y en esto no se quina nada al de La Plata.

Al parecer la presencia de un teatro profano, cada vez más arraigado en la población indiana de las colonias, en un momento en el que el Imperio hispano iba desmoronándose, ha originado la "Prohibición real contra las comedias en los conventos de religiosos y religiosos de las Indias", expedida en Madrid el 9 de septiembre de 1660, y que recién fue publicada en Potosí, "por vos de pregonero y con solemnidad de cajas", el 14 de abril de 1663, con el siguiente contenido: "Por diferentes cartas y papeles llegados al Consejo se han reconocido los graves inconvenientes seguidos de permitirse el hacer comedias y otras representaciones en algunos conventos de las Indias contra la reverencia que se debe a lugares tan sagrados, siguiéndose escándalos y ofensas a Dios, y mal ejemplo a los fieles y estar en ellos con menos modestia y decencia. Y habiéndose cosa de tanta gravedad e importancia y el ejemplo que se debe dar a todos y en particular a los recién convertidos se encarga a los Virreyes, Presidentes y Gobernadores de todas las Indias Occidentales e islas adyacentes para que en adelante, en ningún caso se dé licencia para que en ningún convento de religiosos ni religiosas se hagan y representen comedias así en las iglesias como fuera dellas, y de lo contrario procedan contra los comediantes y personas que representaren".

Fin





Rabona: Una historia para una mujer sin historia

Josemo Murillo Vacareza



Segunda parte

El Tambor Mayor Vargas, en su "Diario" y con su propio lenguaje, al describir lo dramático de esa lucha dice: "Como avanzasen (los guerrilleros) echando voces y llamando a varios oficiales por su nombre, principalmente el nombre del Comandante Lira, no tuvieron más defensa los enemigos que correr conforme pudieron cada uno, y el jefe que era Calved, se había quedado a retaguardia para proteger a su gente, se quedó plantado en un ciénago el caballo; él se había apeado, se encajó en el lodo y no pudo sacar el pie, y no mataron a punta garrotazos y lanzados. Por último cayó un Coronel, acérrimo realista, y fue fusilado, cortada su cabeza y remitida al pueblo de Mohoza, donde se plantó en una pica en la plaza. El Comandante Lira mandó fusilar al español prisionero Ildelfonso García". En esa acción murieron dos mujeres. El mismo Diario dice en otras páginas que Marcelino Castro (un patriota) cayó prisionero, pero que cuando estaba en capilla, una mujer de noche ingresó a su prisión para despedirse, pero le dejó sus polleras, y vestido con ellas

Castro huyó al amanecer y salvó su vida para incorporarse a la guerrilla del Comandante Lira.

Estas eran mujeres que nunca se separaban de los soldados, y como los fusiles de "avancarga" de entonces se cargaban tiro por tiro mediante una baqueta, eran las mujeres las que hacían esa rápida operación mientras los soldados usaban otras armas en ese intervalo, pero caían también abatidas por los proyectiles enemigos.

El general Miguel Ramallo en su libro "Guerrilleros de la Independencia", relata que el coronel Javier Aguilera, derrotado Ascencio Padilla en la batalla del Villar, decidió capturarlo junto a su esposa. Cuando Padilla trató de protegerla fue muerto por Aguilera que los degolló con su propia mano. Juana Azurduy logró salvarse, pero la guerrillera que la acompañaba cayó prisionera, y en el acto le cortaron la cabeza. Ambos macabros trofeos fueron exhibidos en el pueblo de La Laguna (hoy Padilla), en cuyo entorno se practicaron escenas de horror.

Benjamín Torrelio, en su folleto "La influencia política de la mujer" publicado en 1897 relata lo siguiente: "Disfrazada de india salió de Oruro una mujer en busca del Capitán Chinchilla, que comandaba una pequeña fuerza de guerrilleros de Lanza, al que le comunicó la salida de una división de 711 hombres en auxilio de Ramírez, que fue derrotado en el valle de Ayopaya, con cuyo

motivo tuvo lugar un combate en el que los expedicionarios perdieron más de una mitad de sus fuerzas, y es tradicional que esta heroína tomó parte con él (Capitán Chinchilla) con un coraje sin ejemplo".

Arturo Costa de la Torre, cuando escribió su estudio "Las mujeres en la independencia", también alude a esa mujer se la más ínfima categoría social: "Las hubo desde las más humildes 'juponera', la mestiza y la criolla de la medianía social que imperaba entonces." Junto a estas esclarecidas

patriotas había anónimas y humildes mujeres, tan valerosas y tan grandes como lo han sido recogidas por la historia. Mujeres anónimas y silenciosas que pasaron por la vida sin la recompensa de la gloria y que honraron la historia de la Libertad altopereana, mujeres que silenciosamente aportaron arranques de valor y abnegación de los que las dirigían simbolizando gallardamente a la mujer del pueblo".

En otra parte de su libro expresa: "También las había las rabonas o vivanderas que seguían a los patriotas y guerrilleros, a través de calcinados valles y de abruptos desfiladeros, dejando sus energía y su generosa vida en los escarpados riscos de las montañas, acaso también en los inhumanos recintos de cárceles y prisiones. Sus nombres y orígenes sólo quedaron en los signos de interrogación y del misterio. Empero sus sombras se levantan aureoladas de gloria en todos los episodios de la lucha emancipadora, donde sus espíritus atizaban orgullosos la consecución de las libertades de los pueblos altopereanos".

Todos nos conmovemos ante el conocido episodio de las mujeres de la Coronilla de Cochabamba, cuando se inmolaron otras mujeres del pueblo que combatieron junto a los rebeldes que fueron aniquilados.

Esta mujer del soldado, cuando llegó la hora de la independencia de nuestro país, y se comenzó a organizar un ejército regular

no fue mencionada por nadie de los que iniciaron su lucha por el Poder, sin embargo de que se convirtió en auxiliar importante de las tropas y era parte de su organización logística, como nos demuestra el Coronel Julio Díaz Arguedas en el libro "Fastos militares de Bolivia". Así nos dice: "Dieciséis años de lucha incesante que ensangrentaron el Alto Perú, desde Chacaltaya en 1809 hasta Tumusla, último combate efectuado en 1825". "Podemos decir que la infantería de los impropiamente llamados ejércitos patriotas, no contaba con más armas que algunos fusiles anticuados de chispa, la mayor parte se reducía a escopeta, pistolas, espadas, chuzos (lanzas) hondas, macanas y látigos sujetos a grandes mangos de madera, con que lucharon frente a las aguerridas y bien armadas tropas españolas". "El aprovisionamiento consistía en un poco de maíz tostado, chuño, un pedazo de charque y algunos puñados de hojas de coca. Carecían de uniforme militar". Con esa ración tan mezquina, la rabona preparaba el condumio de su compañero, de sus niños, aun cuando para ella no quedara residuos.

Este autor, aludiendo al nuevo ejército de la República recién creada, nos da estas referencias: "El soldado era valiente hasta la temeridad, sobrio, de una resistencia inquebrantable para las marchas". "Los elementos que formaban la clase de tropa estaban compuestos en su mayoría por cholos o mestizos, el indio y el blanco entraban en porcentaje mínimo. El soldado era casi profesional, pues toda su vida la pasaba en los cuarteles. Muchos de ellos eran hijos de viejos sargentos o cabos y nacidos dentro de los cuarteles; se enrolaban desde niños en las bandas de música, y llegaban hasta los más altos grados". Erán auténticos hijos de las rabonas, o sea de una estirpe de valor y resistencia. "Las marchas a pie constituían el púnico medio para llegar a las fronteras, o a los sitios donde era necesaria su presencia. De ahí que las tropas bolivianas descollaron en todo tiempo por su resistencia en los cambios. El sistema de las marchas consistía en largas columnas de hileras abiertas a ambos lados del camino, forma en que vencían las distancias por las interminables pampas del altiplano, o trasmontando las altísimas cordilleras andinas, para internarse en las frías quebradas de los valles, sorteando caudalosos ríos y venciendo las intrincadas marañas de los bosques".

Las mujeres iban con ellos, llevando en la espalda a sus lactantes, y de la mano a sus púrvulos a quienes nunca abandonaban en medio de tan penosos sacrificios.

Continuará